

CAPITAL NATURAL Y LIBRE COMERCIO

Manuel ARANGO ARIAS

A través de un proceso de evolución aún no totalmente comprendido, el capital natural del hombre puede alterarse, aumentar o extinguirse, dependiendo básicamente de temperatura, cantidad y calidad de agua, suelo y aire que nutren y reproducen flora y fauna, y sustentan la vida de nuestro planeta.

El hombre es la única criatura a quien, a través del milagro de la creación o el proceso de evolución, le ha sido otorgada la capacidad de razonar y, por ello, inducir cambios.

Con el advenimiento de la agricultura, hace más de 10,000 años, los asentamientos permanentes dieron lugar a las primeras ciudades y al inicio de la civilización. Sólo en tiempos recientes —los últimos dos siglos— los avances significativos en la ciencia y tecnología —el saber por qué y el saber cómo— nos condujeron a la Revolución Industrial y al mundo moderno.

Es aquí donde notoriamente surgen los problemas de la era contemporánea, con un aumento marcado de población y una tendencia a la congregación urbana que la productividad y eficiencia permiten sustentar, y que nos conducen al siglo XX con el átomo, la tecnología avanzada, la electrónica y la conquista del espacio. Aunque desgraciadamente no bien distribuidos y aún con muchas necesidades por satisfacer, los beneficios son notorios para todos y no es necesario abundar en ellos.

Hemos logrado avances y comodidades importantes en los campos de salud, educación, transporte, vivienda, alimentación, comunicaciones y energía. Al alcance de los ojos y los dedos, en una pequeña pantalla podemos almacenar datos al infinito, controlar satélites y disparar proyectiles, que después de 14 años de viajar por el espacio aún nos siguen enviando imágenes de nuestro sistema solar. Más allá, el hombre ha desarrollado la capacidad para interferir en los misterios de la evolución y

vida celular, lo que le permite modificar o igualar especies a través de la ingeniería genética.

En la última parte del siglo XX, la humanidad desarrolló la sabiduría y la capacidad casi ilimitada de crear y construir a su gusto, pero con una capacidad igual, si no superior, de destruir en segundos, minutos, días o años lo que se ha creado en eras a través de los siglos.

Tarde, pero espero que aún a tiempo, empezamos a sentir los efectos de un desarrollo acelerado basado en la confianza de nuestros conocimientos, sin considerar que hay recursos que no son renovables y que aquellos que sí lo son pueden dejar de serlo, como aquél que no satisfecho con el producto, termina con el capital que lo genera.

A través de los tiempos, la naturaleza daba al hombre lo que necesitaba y también tomaba sus desechos para reciclarlos en un perfecto esquema y balance en el que la muerte era fuente de nueva vida, y todo quedaba integrado al misterioso proceso de evolución.

El hombre ha manipulado las reglas del juego y ahora la naturaleza rechaza gran parte de nuestros desechos químicamente alterados, que rápidamente se acumulan en los suelos, ríos, lagos y mares, y en una atmósfera frágil que sustenta la vida. Ilustraré lo anterior con tediosa pero dramática estadística.

La deforestación de los bosques tropicales arrasa anualmente 17 millones de hectáreas, lo cual implica que en el curso de 20 a 40 años desaparecerá la mitad de los bosques, incluyendo el Amazonas. Esto tiene dos grandes consecuencias, la pérdida de la gran diversidad biológica con su riqueza genética y la erosión de un suelo que, descubierto, es sumamente frágil. Han desaparecido ya (conservadoramente) el 40% de los bosques tropicales y su maravillosa capacidad para absorber dióxido de carbono, generar oxígeno y retener el agua en el suelo.

En México, 157 millones de hectáreas —que representan 80% del territorio— ya presentan algún grado de erosión. De éstas, 30% presenta erosión severa y 16% muestra un avance crítico de desertificación.

Cerca de las dos terceras partes de los pastizales del mundo han desaparecido por sobre pastoreo. Desde 1980, el manejo inapropiado ha erosionado, salinizado o desertificado aproximadamente 2.5 millones de kilómetros cuadrados de lo que alguna vez fue tierra productiva, haciéndola económicamente estéril. Esto representa un área cuatro veces el tamaño de Texas, y superior a nuestro territorio nacional.

De las 265,000 especies de plantas que se calcula existen, sólo 150 son utilizadas ampliamente como fuente de alimento y sólo unas 5,000 han sido cultivadas alguna vez. Alrededor de 5,000 especies se extinguen anualmente. A causa de la urbanización, Estados Unidos pierde 5,000 km² de tierras al año.

Las provisiones de petróleo se extinguen. Al ritmo presente de consumo, las reservas probadas mundiales se agotarían en 38 años. Al ritmo de consumo de Estados Unidos, durarían tan sólo 9 años.

En los próximos 20 años aumentará el número de automóviles de 750 millones a 1,500 millones. 1.5 millones de km² de tierra han sido asfaltados en Estados Unidos. 15% de la población mundial posee el 81% de los automóviles sobre la Tierra. El sector transporte utilizó 63% de todo el petróleo consumido en Estados Unidos —44% en Europa, 35% en Japón y 49% en los países en desarrollo.

En Estados Unidos se generaron 80 millones de toneladas de basura en 1966, 160 millones en 1988 y se estimaron 200 millones para el año 2000. 76% de estos desechos va a 6,000 rellenos sanitarios, 11% se recicla y 9% es incinerado. Su permeabilidad a las capas freáticas es preocupante.

Globalmente se estima que 2,000 millones de habitantes viven en zonas de escasez crónica de agua y la mitad de ellos carece del líquido en países de África, Asia y América Latina.

En México, rehabilitando las redes de distribución de agua potable ahorraríamos 8 metros cúbicos por segundo, casi 20% del gasto total en la zona metropolitana. De la descarga total de aguas residuales municipales sólo se trata el 16%, del cual se reutiliza la mitad, 8%. De las aguas residuales industriales, únicamente se trata 15%. Estas cifras son estimadas, ya que no todos los sistemas de tratamiento están en operación.

No tan sólo se está haciendo más limitada la disponibilidad del agua por consumo, sino también por contaminación de cuerpos superficiales y acuíferos debido a las descargas urbanas, industriales y el exceso de químicos utilizados en la agricultura intensiva.

Se proyectan escenarios por cambios en temperatura debido al efecto invernadero provocado por el dióxido de carbono y el gas metano, que atrapan considerables cantidades de calor cerca de la superficie de la tierra.

La población alcanzaba los mil millones al iniciarse el siglo pasado. En 1930 llegó a 2,000 millones; a 3,000 en 1960, a 4,000 en 1975, a 5,000 en 1987. Dicho de otra manera, tomó 130 años brincar de uno a dos mil millones —treinta años de 2,000 a 3,000— quince años de 3,000 a

4,000, y doce años de 4,000 a 5,000. Creemos en la actualidad a un ritmo de 85 millones al año o 385,000 al día, y cerramos el siglo XX con 6,000 millones.

Al empezar el siglo anterior tan sólo 10% de la población mundial (160 millones) vivía en ciudades; para el año 2000 eran casi la mitad de la proyección mundial, es decir 3,150 millones.

Es importante notar en este contexto que mientras una cuarta parte de la población vive en naciones industrializadas, su Producto Nacional Bruto promedio es de \$10,000 dólares, contra \$600 de los países en desarrollo, que es donde habitan las tres cuartas partes restantes.

Conservación y desarrollo son dos palabras vitales si queremos hablar de ecología. No puede existir uno sin el otro. No hay peor enemigo de la ecología que la pobreza depredadora de una población creciente sin medios de trabajo, que debe consumir toda forma de vida a su alcance para lograr una subsistencia. Igualmente perjudicial es el espejismo de un desarrollo acelerado que contamina, enajena y destruye por valores puramente económicos a corto plazo.

Para dar trabajo, vivienda y una vida digna a la población creciente, el desarrollo debe continuar. Para que el desarrollo sea efectivo y pueda considerarse “progreso”, éste deberá ser sostenible, conservando los recursos naturales y la riqueza de su diversidad.

El Producto Nacional Bruto ha sido utilizado durante este siglo para medir y comparar el crecimiento económico de los países y el ingreso *per capita* como indicador del bienestar individual. Basados parcialmente en ello, la carrera competitiva por aumentar estos índices como solución a la pobreza o bien para aumentar la riqueza, nos ha llevado a un modelo de desarrollo acelerado cuyas consecuencias alarman hoy a científicos, economistas, políticos, organizaciones y ciudadanos por igual.

En el interesante reporte *State of the World 1990* que publica anualmente el World Watch Institute de Washington, su director, Lester Brown, ganador del premio Sasakawa al medio ambiente, dice: “¿Cómo pueden ser los indicadores biológicos tan desalentadores y los económicos tan optimistas al mismo tiempo?” La respuesta es que los indicadores económicos tienen una falla fundamental: no distinguen entre el uso de recursos que sostienen el progreso y los que lo socavan. Por tanto, argumenta el señor Brown, puede resultar un sentido equivocado de economía saludable a nivel nacional.

La globalización es incontenible y deseable. La información y comunicación, abundantes y expeditas. Pensemos globalmente y actuemos localmente. No existe una cultura universal, por tanto tampoco soluciones universales.

Los precios del mercado libre son la mejor guía de conducción, pero algún día deben reflejar todos los costos del producto desde su concepción hasta su desecho final; de lo contrario, se engaña al consumidor y se le impide efectuar selecciones inteligentes. Todo costo oculto es tan sólo un costo diferido que debe ser cubierto posteriormente vía impuestos para reparar daños.

Ha pasado ya la época en que las pequeñas o medianas comunidades impactaban tan sólo sus alrededores cercanos. Debemos aprender a vivir juntos y conservar lo que la naturaleza nos dio globalmente y que nosotros tratamos de dividir, explotar y disfrutar regionalmente. Las enfermedades, la pobreza, la degradación y el crimen no tienen frontera.

Ante este panorama poco prometedor de nuestros modelos de desarrollo, muchos se preguntan si la apertura comercial entre países de contrastantes economías logrará beneficios equitativos o acelerará la explotación de recursos naturales, con daños irreversibles al medio ambiente reflejados en las estadísticas previas.

Toda obligación de carácter internacional obliga a ciertas reglas y protocolos, entre los que la transparencia es esencial. Su observancia obliga a elevar y no a disminuir estándares de calidad, ya que de lo contrario se consideraría competencia desleal. Es así que gracias al Tratado de Libre Comercio, México deberá elevar sus índices de calidad ambiental, y Canadá y Estados Unidos no podrán reducir los suyos, como lo contempla el artículo 1114, específicamente.

La globalización no es una revolución, sino una evolución generada por un notable avance tecnológico que nos permite la comunicación instantánea, el transporte rápido, seguro y eficaz, y la capacidad de procesar y almacenar información más allá de lo imaginable. Esto, por supuesto, se traduce en intenso comercio de materias primas, productos agrícolas y manufacturados que son seguidos por servicios y productos financieros. La competitividad y la eficiencia entre países tienden a abrir nuevos mercados y buscar ventajas comparativas que presionan el costoso proteccionismo nacionalista, abriendo nuevas fronteras al flujo de bienes materiales, pero no así aún al de personas que las elaboran o las hacen llegar al consumidor.

Fue así como después de un complejo proceso, Canadá, México y Estados Unidos decidieron iniciar las gestiones que pudieran conducir a los tres países a un tratado de libre comercio que hiciera de Norteamérica un mercado capaz de competir con los bloques europeos y asiáticos.

Sin pretensión alguna de protagonismo y acompañados por otras voces de conciencia ecológica, alertamos a las autoridades mexicanas sobre la importancia que el tema conservacionista adquiriría en dichas negociaciones. Inicialmente, la idea de incluir el tema ambiental fue rechazada como difusa, peligrosa e innecesaria, pero como era de esperarse, en poco tiempo se convirtió en exigencia que obligó a rectificar lo ya avanzado mediante los acuerdos paralelos.

El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) entró en vigor el 1o. de enero de 1994, pero incluyendo ya como parte del mismo el Acuerdo de Cooperación Ambiental de América del Norte (ACAAN), que tiene que ver con asuntos ambientales que pudieran surgir del intercambio comercial.

Aquí debo agradecer al Centro Mexicano de Derecho Ambiental, A.C., y a su presidente Gustavo Alanís Ortega, por el extraordinario folleto informativo que prepararon sobre el tema, y al que a continuación hago referencia. Cabe señalar la existencia de tres objetivos principales dentro del Acuerdo: En primer lugar se habla de una cooperación mutua encaminada a conservar, proteger y mejorar el medio ambiente, incluidas la flora y la fauna silvestre; lo anterior, con base a la concepción de un ecosistema común compartido por los tres países. En segundo lugar, se establece la necesidad de evitar la creación de distorsiones o de nuevas barreras al comercio; y por último se promueve la observancia y aplicación efectiva de las leyes y reglamentos internos.

Otro de los objetivos del Acuerdo, considerado como vital, es promover la transparencia y la participación de la sociedad en la elaboración de las leyes, reglamentos y políticas ambientales. Se han previsto para este fin mecanismos de participación ciudadana en la Comisión para la Cooperación Ambiental de América del Norte (CCAAN), pero además la participación ciudadana debe ser garantizada por la legislación de cada uno de los países.

Para el cumplimiento de estos fines existe también el CCAAN, que es el órgano operativo, gestor y administrador del Acuerdo Paralelo en Materia Ambiental y que tiene su sede en Montreal, Canadá, y cuyo pri-

mer director ejecutivo fue Víctor Lichtinger, hoy secretario de Medio Ambiente y Recursos Naturales de México.

La Comisión para la Cooperación Ambiental de América del Norte está integrada por un consejo de ministros, un secretariado y un comité consultivo público conjunto. Además, los países parte del Acuerdo cuentan con la opción de establecer en su interior un comité consultivo nacional y un comité gubernamental.

Existen dos formas distintas dentro del Acuerdo para la solución de controversias. La primera de ellas se da entre el sector social, es decir las personas en lo individual, o grupos no gubernamentales y los gobiernos; la segunda se da entre los gobiernos de los tres países. Desafortunadamente, este organismo no ha sido muy eficiente, pero su fundamento y estructura son sólidos y dependerá de los ciudadanos y los gobiernos hacer cumplir su mandato y reglamento.

A pesar de todas sus imperfecciones y desajustes iniciales en las economías y sociedades de cada país, estos tratados y su evolución pueden conducirnos hacia un progreso más equitativo donde la oportunidad y el trabajo existan para todos, y las fuerzas laborales lleguen a tener facilidades de tránsito acordes al de mercancías y productos, pasando así de un mundo dependiente a uno interdependiente y más justo.

Ya resulta inútil discutir la globalización como un fenómeno irreversible del progreso y que conducido con prudencia a través de tratados y uniones hemisféricas podrá llevarnos en los próximos siglos a optimizar y compartir el capital natural de nuestro planeta en una sociedad abierta y respetuosa de diferencias culturales, donde reside la sabiduría de la sobrevivencia y el bienestar general. Tenemos que lograr el desarrollo sostenible que permita crear riqueza y saberla compartir con los muchos que hoy tienen poco, llevando educación y salud a los muchos miles de millones que hoy carecen de ella. Sólo con estas poderosas armas podremos preservar lo que tenemos, y lograr la paz que todos deseamos.